

## Josué

Por Fénix 8

Transcurría una fría y nublada tarde de enero, acababa de salir de guardia. Agotada, después de haber estado treinta y seis horas en el hospital, lo último que deseaba era darme a la tarea de encontrar el vestido que usaría para la boda de mi mejor amiga el fin de semana entrante. Había visitado sin éxito un par de tiendas.

Encendí el auto, me disponía a continuar la búsqueda cuando frente a mis ojos, a punto de arrancar, vi como un hombre de tez aperlada, estatura mediana y aspecto desaliñado se desvanecía y caía contra la banqueta de la transitada avenida Eugenio Garza Sada. Tuve miedo y decidí arrancar, viendo por el espejo retrovisor con esperanzas de que el hombre solo hubiera tropezado y se incorporara para seguir caminado. Sin embargo, después de un par de segundos, seguía tumbado. Di la vuelta para estacionar el carro nuevamente, me bajé y corrí hacia él.

Lo movilicé. —Señor ¿Puedo ayudarlo? —reaccionó un poco desorientado—. Tengo diabetes señorita, llevo dos días sin comer —. Hipoglucemia era el diagnóstico más adecuado, una parte de mi alma se sintió aliviada. Lo ayudé a levantarse.

—Acompáñeme, necesita comer algo —. A escasos metros se encontraba un negocio de hamburguesas. Ordené el tradicional combo con papas fritas y refresco. Al estar en la fila, me debatía entre hacerle compañía u obedecer la voz de mi mamá en mi cabeza diciéndome "*No hables nunca con extraños*", regla que ya había desafiado en el momento que decidí ayudarlo. Elegí quedarme, me senté frente a él y pude observar como apresuradamente con sus temblorosas manos tomaba y le daba una gran mordida a la hamburguesa, mientras le regresaba el color a su pálido rostro. Jamás había visto a alguien comer a tal velocidad, apenas podía respirar entre cada bocado.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Josué, mucho gusto —respondió extendiéndome su brazo sin dejar de comer.

—¿Vive cerca de aquí?.

—Soy de Sinaloa, pero los últimos 10 años viví en Estados Unidos como inmigrante. Hace una semana me deportaron y desde entonces he buscado trabajo para reunir dinero y regresar a mi tierra, pero no he tenido suerte. Me he quedado sin aspiraciones, sin mi sueño americano que tanto esfuerzo me había costado.

Atónita, contesté con otra pregunta —¿Quiénes lo esperan en casa?.

—Tengo una hija y dos nietos que aún no conozco —contestó, dejándome muda por segunda ocasión.

Casi por instinto formulé la siguiente pregunta en mi cabeza y la externé antes de que pudiera dudar en hacerla —¿Cuánto cuesta el boleto de autobús a Sinaloa? — pregunté teniendo una corazonada.

—Novecientos cincuenta pesos ¿Por qué señorita? —preguntó con voz entrecortada. Que ironía pensé, justo el monto que llevaba conmigo. Decidí creerle, confíe en el y me arriesgue.

—Cierre sus ojos —le pedí mientras sacaba el dinero de mi cartera.

—Ya los puede abrir —dije con emoción.

—Muchas gracias señorita, no tengo manera de agradecerlo —exclamaba con asombro y lágrimas en los ojos.

A veces la vida te da la opción de cambiar no solo tu realidad sino la de alguien más. Ese día cambié la oportunidad de lucir un vestido nuevo por obsequiar el emotivo reencuentro de una familia después de una década.

—¿Me permite abrazarla? —me preguntó. Conmovida, fue imposible negarme. En ese momento supe que no me había equivocado. Hasta la fecha recuerdo a Josué como la persona que me enseñó que lo correcto no es construir más muros en este mundo, sino sueños.